



DISCURSO DE GRADUACIONES

Ismael Clemente Orrego
CEO de Merlin Properties

Día 8 de junio a las 11:00 horas

Acto de Graduación del Curso
2023/2024

DISCURSO DE GRADUACIONES

Ismael Clemente Orrego
CEO de Merlin Properties



RECTOR MAGNÍFICO,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,

Estimados profesores y sobre todo, queridos alumnos, pues es fundamentalmente a vosotros a quienes hoy me dirijo:

Me encuentro ante el desafío de armar un discurso coherente en un día importante para todos vosotros. Celebramos vuestra graduación en un máster, algo que os convierte en una minoría privilegiada. Menos del 1% de la población mundial tiene acceso a estudios de postgrado. Debemos comenzar, pues, por dar gracias a Dios por tener la suerte de formar parte de este selecto grupo.

Mi problema, sin embargo, es que no me dirijo a un único grupo de egresados a los que pueda dirigir alguna reflexión sobre la materia en que vais a desarrollar vuestra carrera a partir de ahora. Me dirijo a alumnos de un elenco de másteres que abarcan campos del saber tan variados como la Teología, las Ciencias Humanas y sociales, las Ciencias Económicas y Empresariales, o el Derecho. Cada uno de estos campos tiene especificidad suficiente para dificultar, hasta imposibilitar, al menos en mi caso, la tarea de encontrar un hilo conductor común.

Sin embargo, reflexionando sobre esta dificultad pensé que, más allá de la diversidad de vuestras disciplinas, todos compartís algo fundamental: vuestra formación ha sido moldeada bajo el espíritu de una institución jesuita, cuya rica herencia educativa está impregnada de los valores y las enseñanzas de San Ignacio de Loyola.

Así que me puse manos a la obra y en esas enseñanzas busqué inspiración para este discurso. Me dije, ya que no puedo hablar de sus estudios, por variados, hablemos simplemente de la vida, de elementos prácticos comunes a todos, que se pueden aplicar a vuestro desarrollo personal y profesional.

Las máximas o reflexiones ignacianas no solo reflejan una sabiduría y una espiritualidad profunda, sino que también ofrecen principios de comportamiento humano y cristiano muy relevantes, independientemente de la profesión que cada uno de vosotros haya elegido. Estos principios hablan de la búsqueda de la excelencia, no solo la académica, sino en la vida; de poner el amor en las obras más que en las palabras; de la moderación; de la importancia del autoexamen y del cuidado del alma; de cómo enfrentar las tentaciones y los desafíos que inevitablemente encontraréis en vuestro camino.

Más allá de las habilidades técnicas y el conocimiento que habéis adquirido, lo que verdaderamente os dará seguridad en la vida son los sólidos cimientos de valores que habéis cultivado aquí, en nuestra Universidad Pontificia Comillas.

En el corazón de esta Universidad late el deseo de formar personas íntegras, comprometidas no solo con el éxito personal, sino con la transformación y la mejora de nuestra sociedad. Estos valores son los que espero resuenen en cada uno de vosotros, hoy y siempre, a medida que avanzáis hacia el próximo capítulo de vuestras vidas.

Vamos a ello. Celebremos vuestros logros académicos y despedámonos de una etapa importante de vuestras vidas compartiendo algunas reflexiones inspiradas en máximas, más o menos literales, de Ignacio de Loyola. Recopilé hasta dos docenas de ellas, pero eliminé las que, por su profundidad o religiosidad, no iba a poder explicar con la solvencia debida. Un jesuita de verdad es muchas cosas, pero además es teólogo. Yo no soy más que un alumno agradecido de la Compañía, seglar, y mal haría en meterme en profundidades teológicas. Para eso ya está aquí nuestro querido Padre Sanz. Veréis que no están todas las que son, pero os aseguro que sí que son todas las que están. He elegido las diez

que más me gustan a mí y las que creo que tienen más aplicación para una vida profesional exitosa, por digna y por Longeva.

1. “Alcanza la excelencia y compártela”.

Hablemos de la excelencia. Alcanzar la excelencia no es un destino, sino un camino continuo de crecimiento y aprendizaje. Durante vuestro tiempo en la Universidad, habéis establecido las bases de este camino a través de una exigencia académica autoimpuesta, pues la educación que habéis recibido no es obligatoria, sino fruto de una elección personal. Habéis dedicado incontables horas al estudio, a la investigación y al debate, no sólo para cumplir los requisitos de los programas, sino para superaros a vosotros mismos, para ir más allá de lo que pensabais que era posible. Este esfuerzo constante encaminado a la mejora personal es lo que verdaderamente define la excelencia. Los japoneses lo llaman *Kaizen*.

Pero la excelencia no se cultiva en el vacío. Se nutre del entorno, de las relaciones que construimos y de las comunidades a las que pertenecemos. Durante vuestro tiempo aquí, habéis aprendido de textos y conferencias, pero también unos de otros. Habéis crecido gracias a la convivencia con compañeros y profesores que os han retado, que os han apoyado y que os han exigido siempre un poco más- Este entorno de colaboración y desafío mutuo es esencial para alcanzar la verdadera excelencia.

Y esto me da pie para hablar del segundo aspecto de la máxima ignaciana: ahora os toca compartir. Alcanzar la excelencia es, sin duda, un enorme logro personal. Sin embargo, este logro trae consigo una gran carga: la responsabilidad. La excelencia no es únicamente para beneficio propio; es un regalo divino del que se debe hacer partícipes a los demás. En vuestras manos está el poder de usar lo que habéis aprendido y las habilidades que habéis

desarrollado para influir positivamente en la sociedad. Ya sea en el campus de la bioética, en las ciencias sociales, en la administración de empresas, o en la abogacía cada uno de vosotros está ahora equipado, además de para liderar en vuestra área de especialización, para ser un ejemplo de integridad, de compromiso y de caridad, en el sentido cristiano de la palabra.

Compartir vuestra excelencia significa romper el silencio, eso que yo llamo el silencio de los corderos (que muchos os recomendarán como forma de vida), para guiar a otros, participar en debates políticos, contribuir a la ciencia o a la investigación y tomar decisiones éticas que pongan el bien común por delante del beneficio personal. Significa ser un ciudadano global que busca el éxito, por supuesto, pero que también se esfuerza por contribuir a un mundo más justo y equitativo.

Os invito a que no veáis la excelencia como un trofeo que se gana y ya está, sino como una llama que se debe mantener encendida y pasar a los demás en una eterna carrera de relevos. Alcanzad la excelencia en todo lo que hagáis y compartid generosamente ese don con los demás. Que vuestro paso por Comillas sea el comienzo de una vida de aprendizaje continuo y de contribuciones significativas a nuestra sociedad.

2. Pasemos a una segunda máxima igualmente poderosa de San Ignacio: “El amor se ha de poner más en las obras que en las palabras”.

Este principio me parece fundamental si queremos desarrollar un liderazgo auténtico y significativo. Os habrán hablado mil veces de liderazgo de una forma abstracta. Pues bien, el verdadero liderazgo trasciende las palabras y se manifiesta en las acciones. Como líderes en vuestros respectivos campos, tendréis la oportunidad, y también la responsabilidad, de cuidar a las personas

que os rodean y a los equipos que dirijáis. El cuidado no es solo un acto de compasión, sino también una estrategia esencial para obtener lo mejor de cada persona.

Cuando lideráis con el ejemplo, establecéis una norma de trabajo, pero, además, cultiváis un ambiente donde la excelencia es la expectativa común. Vuestras acciones, vuestra ética y vuestra dedicación pasan a ser el modelo a seguir para los que os rodean, en aulas o en salas de juntas, en tribunales o en laboratorios de investigación.

Este liderazgo activo implica escuchar, entender y responder a las necesidades de vuestros compañeros y colaboradores. Significa ser sensibles a sus desafíos y estar dispuestos a adaptar vuestro enfoque para el beneficio del equipo. Al poner el amor en las obras, además de buscar el cumplimiento de metas y objetivos, se fomenta un entorno de apoyo mutuo y respeto, que, a la larga, eleva el rendimiento de todos.

Llevad este principio siempre con vosotros. Que vuestras acciones y vuestro liderazgo sirvan como testimonio de vuestro compromiso con el éxito profesional y, lo que es más importante, con el bienestar y crecimiento de aquellos a quienes lideráis. Al final, recordad que las grandes obras, las que verdaderamente perduran y marcan la diferencia, son aquellas que se hacen con y por amor.

3. Sigamos escuchando a San Ignacio: “No tener moderación muchas veces es excusa de que el bien se convierta en mal y la virtud, en vicio”.

La excelencia de la que hemos hablado y sus derivadas, la transmisión de conocimientos y el liderazgo, deben ejercitarse con moderación y humildad.

En la transmisión de conocimientos, la moderación se manifiesta en la capacidad de enseñar sin abrumar, de guiar sin imponer. Es fundamental entender que el ritmo de aprendizaje varía entre individuos y que la sabiduría implica explicar los conocimientos adquiridos de manera que enriquezcan la vida propia y la de los demás. Por lo tanto, al compartir vuestro conocimiento, hacedlo con humildad, con suavidad y con la consideración de que cada persona absorbe y utiliza ese conocimiento a su propio ritmo y según su capacidad.

En el liderazgo, la moderación es igualmente vital. Un líder debe saber cuándo actuar con firmeza y cuándo es necesario echarse a un lado y permitir que otros tomen la iniciativa. Esta forma de actuar muestra confianza en los demás, a la vez que fomenta un ambiente de respeto mutuo y colaboración. La humildad, un valor central en las enseñanzas de San Ignacio, requiere reconocer que no siempre tenemos todas las respuestas y que el liderazgo también implica aprender de quienes lideramos.

La espiritualidad ignaciana hace bandera de que “cualquier hombre ha de estar al servicio de los demás”, un concepto desarrollado posteriormente por el Padre Arrupe, que no es más que una llamada a la caridad y al altruismo. En este sentido, la moderación nos ayuda a evitar que el uso de nuestro poder o conocimiento se convierta en una herramienta de dominio o exclusión. Más bien, debería ser un medio para servir y elevar a los demás, reflejando un compromiso con la justicia y la equidad.

Al salir de aquí y asumir roles de influencia y autoridad, os animo a ser moderados. Recordad que la verdadera medida del éxito no está en lo que se logra, sino en cómo se influye positivamente en la vida de quienes nos rodean. Que vuestra búsqueda de la excelencia y vuestro liderazgo siempre estén equilibrados con la humildad y el deseo genuino de servir a los demás. En este equi-

librio, encontraréis el verdadero éxito, además de una profunda satisfacción personal y profesional.

4. Siguiendo con la sabiduría del Santo de Loyola, consideremos ahora una de sus máximas más famosas: “En ejercicio de desolación (o de turbación) nunca hacer mudanza”.

Es una invitación al autoconocimiento y a una reflexión profunda sobre la manera en que manejamos nuestras emociones y cómo estas, influyen a su vez en nuestras decisiones.

La desolación, esos momentos en los que nos sentimos abatidos, confundidos o desanimados, puede nublar nuestro juicio. San Ignacio nos enseña que, en estos periodos de turbulencia emocional, es crucial evitar hacer cambios significativos en nuestras vidas. Esto se basa en la comprensión de que nuestras percepciones pueden estar distorsionadas por emociones negativas y que lamentaremos más adelante.

La introspección y el autoexamen son herramientas esenciales en este proceso. Es vital desarrollar un conocimiento profundo de uno mismo, reconociendo tanto nuestras virtudes como nuestros defectos, nuestras fortalezas y debilidades. Este autoconocimiento nos permite evaluar cómo nuestras emociones afectan a nuestro comportamiento y decisiones. En los momentos de desolación, es más probable que nuestras debilidades y temores influyan negativamente en nuestro juicio.

Del mismo modo, y entiendo en sentido contrario, a mí me parece que San Ignacio también nos estaría aconsejando no tomar decisiones importantes en estados de euforia desmedida. Al igual que la desolación, la euforia puede alterar nuestro sentido común y buen juicio, llevándonos a subestimar riesgos y a sobrevalorar nuestras capacidades.

Debemos aprender a identificar cuando estamos siendo impulsados por emociones extremas y tomar medidas para estabilizarnos antes de decidir sobre cuestiones importantes. Esto puede significar buscar el consejo de personas de absoluta confianza que conocen nuestra historia y capacidades y pueden ofrecer perspectivas objetivas, o, simplemente, dar un paso atrás para reflexionar y esperar a que el tumulto emocional se calme.

En vuestra vida profesional y personal, recordad que la paciencia y la prudencia son aliadas valiosas. A medida que avanzáis y enfrentáis desafíos, permitid que este principio de no actuar precipitadamente en momentos de desolación guíe vuestro camino al hacerlo, aseguráis que vuestras decisiones sean reflexivas, equilibradas y, en última instancia, conducentes al bienestar y al éxito a largo plazo.

En resumen, “en ejercicio de desolación nunca hacer mudanza” no es solo un consejo para evitar errores, sino una invitación a cultivar la estabilidad emocional y la claridad mental, pilares para una vida plena y la toma de decisiones acertadas.

5. Siguiendo con la introspección y el autoconocimiento, hay otra máxima ignaciana esencial y de profunda espiritualidad: “El examen de conciencia es siempre el mejor medio para cuidar bien el alma”.

Este principio nos invita a una práctica continua y deliberada de la autoevaluación que es fundamental para asegurarnos de que nuestras acciones y decisiones se alinean con nuestros valores y principios morales.

El examen de conciencia es una herramienta poderosa para el crecimiento personal y profesional. No se trata de un acto de reflexión esporádica, sino de un compromiso diario con la evaluación de nuestras propias conductas y decisiones. Esta práctica

requiere que nos preguntemos regularmente si lo que estamos haciendo, o lo que planeamos hacer, está realmente en consonancia con nuestros principios más profundos y con la persona que aspiramos a ser.

Implementarlo en nuestra vida diaria significa detenernos a considerar cómo nuestras acciones afectan a otros, si estamos actuando con justicia y si estamos siendo fieles a nosotros mismos. Es un proceso que ayuda tanto a identificar los errores o desviaciones como a reafirmar las acciones que reflejan nuestros valores.

En el contexto profesional, por ejemplo, puede ser fácil desviarse gradualmente de los principios éticos debido a la presión por obtener resultados o por influencias externas que promueven atajos. El examen de conciencia actúa como un contrapeso a estas presiones, permitiéndonos identificar cuándo empezamos a desviarnos y dándonos la oportunidad de corregir el curso antes de que estos comportamientos se arraiguen y se conviertan en hábitos.

Además, esta práctica previene desviaciones, fortalece nuestro carácter y fomenta una mayor integridad personal y profesional. Al revisar constantemente nuestras motivaciones y acciones, construimos una vida que no sólo es exitosa externamente, sino también profundamente coherente con nuestros valores internos.

Por lo tanto, os animo a todos a adoptar el examen de conciencia como una parte regular de vuestra rutina. Ya sea al final del día, de la semana o incluso después de cada proyecto importante, tomad un momento para reflexionar sobre vuestras acciones. Preguntaos: ¿Esto que hago o pretendo hacer refleja quién soy y quién quiero ser? ¿Estoy actuando de manera justa y ética? ¿Mis acciones promueven el bien común?

En última instancia, el examen de conciencia es una estrategia proactiva para vivir una vida plena y significativa, no sólo una herramienta para evitar errores. Al mantener vuestras acciones y decisiones alineadas con vuestros valores más profundos, cuidáis bien vuestra alma y aseguráis por una trayectoria que, además de alcanzar el éxito, trasciende por integridad y propósito.

6. Continuando con nuestra reflexión sobre los principios que San Ignacio de Loyola nos ha legado, abordemos ahora la máxima: “Quien evita la tentación evita el pecado”.

Este consejo, enraizado en la prudencia y la previsión, nos llama a reconocer nuestras propias limitaciones y a tomar medidas proactivas para proteger nuestra integridad moral.

La tentación es una constante en la vida de todos, sin embargo, la forma en que gestionamos estas situaciones puede definir el curso de nuestras acciones y, en última instancia, el de nuestra vida. San Ignacio nos recuerda que, aunque la fortaleza moral es un ideal al que muchos aspiramos, ésta no es infalible ni ilimitada. Todos tenemos momentos de vulnerabilidad en los cuales nuestras defensas pueden estar bajas, y en esos momentos, la exposición continua a tentaciones puede ser peligrosa.

En el contexto de nuestras vidas profesionales y personales, esto significa que debemos ser conscientes de nuestros entornos y evitar situaciones que nos pongan a prueba innecesariamente. Por ejemplo, si uno se encuentra en un campo donde las oportunidades para actuar de manera poco ética son frecuentes, es crucial establecer y mantener límites claros.

Esto no implica vivir en un estado de miedo o paranoia, sino más bien en uno de conciencia y deliberación. Evitar la tentación no significa huir de cada situación desafiante, sino reconocer cuándo una situación podría desviarnos de nuestros principios y tener la

sabiduría para manejarla adecuadamente o, cuando sea posible, evitarla por completo.

La máxima también nos enseña la importancia de no confiar excesivamente en nuestra capacidad de resistir las tentaciones de forma indefinida en nuestra capacidad de resistir las tentaciones de forma indefinida. Si bien es cierto que podríamos resistir una o diez veces, enfrentarse a la misma tentación repetidamente aumenta la probabilidad de ceder. Por lo tanto, debemos ser estratégicos y reconocer cuándo evitar ciertos entornos o decisiones, es la mejor manera de mantener nuestra integridad. Esta aproximación, además de prudente, es empática. Al reconocer nuestras propias limitaciones, también desarrollamos una mayor comprensión y compasión por la lucha de los demás. Esto fortalece nuestra capacidad de liderazgo, pues podemos guiar a otros no sólo desde un lugar de autoridad, sino también desde uno de entendimiento y cuidado.

Finalmente, este principio nos invita a reflexionar sobre la importancia de construir y cultivar un entorno, tanto personal como profesional, que fomente la virtud y desaliente tentación. Crear un entorno que apoye nuestras intenciones éticas es beneficioso tanto para nosotros mismos como para aquellos con quienes interactuamos.

Así pues, os animo a llevar esta enseñanza con vosotros; en la medida en que podamos reconocer y manejar nuestras vulnerabilidades frente a la tentación, más fuertes y coherentes seremos en nuestra vida moral y profesional.

7. En la confluencia de los principios que hemos discutido y de la sabiduría ignaciana, encontramos una máxima que nos invita a reflexionar sobre la esencia misma de la fe: “Para aquellos que creen, ninguna prueba es necesaria. Para aquellos que no creen,

ninguna prueba es suficiente”. Esta máxima habla de la fe religiosa, pero también de la confianza en los principios que nos guían y en el valor de las virtudes que cultivamos.

Para un cristiano, la fe es el fundamento que da sentido y profundidad a todas las demás virtudes. La existencia, el liderazgo, el servicio a los demás, la moderación, la introspección, y el examen de conciencia se ven enriquecidos y adquieren un propósito más grande a través de la fe. La fe nos anima a confiar en que, más allá de nuestra capacidad y entendimiento, hay una guía y un apoyo divinos que nos sostienen, especialmente en momentos de prueba.

Esta confianza no se basa en evidencia empírica que pueda ser medida o demostrada de manera convencional, sino en una certeza interior, un conocimiento táctico que aquellos con fe reconocemos y aceptamos. Por ello, aquellos que tenemos fe no necesitamos pruebas adicionales para sentir y aceptar esta presencia y guía en nuestras vidas. Sin embargo, para aquellos que no creen, ningún grado de evidencia puede ser suficiente para convencerlos de la realidad de esta ayuda divina, porque su comprensión se basa en una dimensión diferente, aquella de la experiencia personal y la revelación interior.

En un sentido más terrenal, esta máxima puede aplicarse al valor de las virtudes que hemos discutido. Aquellos que han desarrollado la capacidad de liderazgo, la introspección, la moderación y todas las demás cualidades, encuentran en cada desafío una oportunidad para aplicar estas virtudes, transformando los obstáculos en oportunidades de crecimiento y demostración de fortaleza. En cambio, sin un cimiento de virtudes sólidas, incluso los problemas menores pueden parecer insuperables.

La fe, ya sea en un sentido religioso o en la confianza en nuestras propias capacidades y principios, es un recurso poderoso. Nos

permite ver más allá de las circunstancias inmediatas y mantener una perspectiva más amplia, confiando en que podemos enfrentar y superar los desafíos. Así, la fe no sólo adorna nuestras virtudes, sino que las activa, permitiéndonos acercarnos a una fuerza que va más allá de lo ordinariamente posible. Por lo tanto, os invito a considerar la fe además de como una creencia en lo divino, como un principio activo en nuestras vidas, que enriquece vuestra práctica de cada virtud y profundizar vuestro compromiso con los principios que elegís seguir. Que vuestra fe os inspire a vivir con convicción y a actuar con coraje, sabiendo que no hay obstáculo insalvable cuando las virtudes se cultivan con dedicación y se adornan con una fe profunda y sincera.

8. La máxima “Dios proveerá lo que le parezca mejor” encapsula una de las nociones más reconfortantes y profundas en la vida de fe: la Providencia divina. Esta creencia sostiene que, a través de los altibajos de nuestra existencia, existe una guía y un cuidado más allá de nuestro entendimiento humano que nos orienta hacia lo que realmente necesitamos, incluso cuando difiere de lo que queremos o planeamos.

En la práctica de nuestras vidas y carreras, la idea de la Providencia os invita a confiar en que, más allá de vuestros esfuerzos y decisiones, hay un plan mayor que trabaja para vuestro bien. Esta confianza no debe interpretarse como una llamada a la pasividad o la resignación, sino más bien como un estímulo para actuar con la seguridad de que no estáis solos en vuestro caminar y que vuestros esfuerzos están apoyados y, a veces, corregidos por una voluntad divina que ve el cuadro completo de vuestras vidas.

“Dios escribe recto con renglones torcidos”, este dicho popular refleja la idea de que, aunque nuestras vidas puedan parecer desordenadas o imperfectas, hay un orden y propósito subyacente que a menudo no podemos apreciar en el momento. Lo que a

primera vista parece ser un revés o un error puede, con el tiempo, revelarse como un paso necesario hacia el bien mayor. Este pensamiento puede ofrecer un gran consuelo y una perspectiva valiosa, especialmente cuando enfrentáis desafíos o resultados inesperados.

La aceptación de la Providencia también implica un ejercicio de humildad, reconocer que no siempre sabemos lo que es mejor para nosotros. A veces, nuestras propias decisiones y deseos necesitan ser redirigidos o incluso frustrados para alinearnos con un bien mayor que solo Dios puede ver. La Providencia puede actuar como una corrección a nuestras elecciones, asegurando que, a pesar de nuestras limitaciones y errores, estamos guiados hacia fines que trascienden nuestra comprensión inmediata.

En un contexto más amplio, especialmente en vuestras vidas profesionales, esta máxima puede ser una fuente de fortaleza. Al enfrentar decisiones difíciles, cambios inesperados en el mercado o incluso fracasos personales, la fe en la Providencia os permite mantener la perspectiva y la esperanza. Os anima a seguir adelante con la confianza de que cada paso ya sea hacia adelante o aparentemente hacia atrás, os está llevando a donde necesitáis estar.

Por tanto, os invito a abrazar esta máxima en vuestra vida diaria. Permitid que la creencia en la Providencia os inspire a actuar con confianza y a aceptar con gracia los resultados, sabiendo que cada experiencia, desafío o éxito es parte de un diseño mayor que está orientado hacia vuestro bien supremo. Que esta fe en la Providencia os ayude a ver cada circunstancia como una oportunidad para aprender, crecer y eventualmente alcanzar no solo el éxito profesional, sino también una profunda realización personal.

9. La máxima “Reza como si todo dependiese de Dios y trabaja como si todo dependiese de ti” encapsula una dualidad esencial en la vida humana: la interacción entre la divina providencia y la agencia personal. Este principio nos enseña a mantener un equilibrio entre la humilde aceptación de la guía divina y el compromiso activo con nuestro propio esfuerzo y voluntad.

La voluntad, en este contexto, es un motor poderoso en la consecución de objetivos. Es el impulso que nos lleva a actuar con determinación y persistencia, aun frente a desafíos significativos. Sin voluntad, incluso los talentos más grandes pueden quedarse sin expresión, con ella, individuos que poseen las virtudes de liderazgo, moderación, introspección, y un fuerte sentido ético -temas que hemos explorado en máximas anteriores- son capaces de alcanzar logros notables y de superar adversidades.

El trabajo, animado por la voluntad y el esfuerzo, es en sí mismo un acto que ennoblece. No solo porque permite alcanzar metas externas, sino porque en el proceso de trabajar arduamente, las personas se desarrollan, refinan sus habilidades y fortalecen su carácter. En este sentido, el esfuerzo en el trabajo no solo cambia el mundo externo, sino que también transforma al individuo que lo emprende.

A su vez, la fe y la oración ofrecen un contexto más amplio para este esfuerzo. Al rezar “como si todo dependiese de Dios”, reconocemos que hay fuerzas más allá de nuestro control y que nuestro entendimiento es limitado. La oración es una expresión de esperanza y un recordatorio de que no estamos solos en nuestros esfuerzos. Proporciona consuelo y perspectiva, reforzando nuestro espíritu en tiempos de desafío y ayudándonos a mantener la humildad en tiempos de éxito.

Esta máxima refleja una sabiduría práctica que se puede resumir en el dicho popular: “A Dios rogando y con el mazo dando”. Es un llamado a no pasar por alto la importancia de la acción diligente y bien dirigida, mientras se mantiene una conciencia de la presencia y el apoyo divinos.

En la vida de un graduado, especialmente aquellos que se embarcan en nuevas carreras y desafíos, esta máxima es especialmente pertinente. Os invito a llevar con vosotros esta enseñanza: cultivad vuestra fe y vuestra relación con lo divino, pero actuad siempre con firmeza y resolución, que dependen de vosotros mismos. Este equilibrio no solo preparará para enfrentar las adversidades, sino que también os permitirá aprovechar las oportunidades que surjan, sabiendo que vuestro esfuerzo es esencial y vuestro espíritu está apoyado por algo más grande que vosotros mismos.

Que esta comprensión de la importancia de la voluntad y el esfuerzo; junto con la fe en la guía divina, os guíe hacia una vida plena de logros, crecimiento y un profundo sentido del propósito.

10. Finalmente, la máxima “De qué sirve ganar el mundo si al final pierdes tu alma” nos interpela profundamente sobre la esencia de nuestras ambiciones y los valores que elegimos para guiar nuestras vidas. Esta pregunta retórica resalta el riesgo inherente de perseguir el éxito material a costa de los principios éticos y espirituales que deberían sostener nuestra existencia.

En un mundo donde frecuentemente se mide el éxito por logros visibles como la riqueza, el poder o la fama, debemos considerar el costo real de tales conquistas. No se trata de denigrar la ambición o el deseo de éxito, sino de matizar estos impulsos con sabiduría y moderación para asegurar que nuestras acciones y logros no se alejen de los principios morales fundamentales. La sabiduría, en este contexto, significa entender y aceptar que el

verdadero valor de nuestras vidas no se mide solo por los logros externos, sino por la integridad y la riqueza de nuestro carácter. Es reconocer que cada decisión que tomamos en el camino hacia el éxito tiene implicaciones morales y espirituales que pueden afectar profundamente no solo nuestra propia alma, sino también las vidas de aquellos que nos rodean.

La moderación es esencial para evitar que la búsqueda de logros nos llueve a excesos que puedan comprometer nuestro bienestar espiritual. Nos recuerda que, aunque es legítimo aspirar a más, debemos estar atentos a los límites que protegen nuestro bienestar integral y el de los demás-

La introspección es otra herramienta clave en este equilibrio. A través de un examen constante de nuestras motivaciones y acciones, podemos identificar cuándo nuestras ambiciones están empezando a desviarnos de nuestro curso ético y espiritual. Este autoexamen permite ajustar nuestras trayectorias y realinear nuestras acciones con nuestros valores fundamentales.

Los principios morales, especialmente aquellos arraigados en la fe cristiana proporcionan un marco para evaluar y guiar nuestras decisiones. Estos principios nos enseñan a valorar la justicia, la humildad, el servicio y la caridad, y actúan como un recordatorio constante de que nuestro propósito va más allá de la acumulación de riquezas o el reconocimiento personal.

En un acto de graduación especialmente para vosotros que estáis a punto de embarcaros en nuevas etapas profesionales, es crucial recordar esta máxima. Mientras os esforzáis por alcanzar vuestros sueños y establecer vuestros caminos en el mundo, os animo a hacerlo con un corazón que no pierda de vista lo esencial: la integridad de vuestra alma y el bienestar espiritual. Que vuestras ambiciones siempre estén equilibradas con un compro-

miso inquebrantable con vuestros principios morales y espirituales, asegurándoos que, mientras quizás ganéis el mundo en un sentido, nunca perdáis de vista lo que realmente importa: vuestra alma y vuestro verdadero propósito en la vida.

Al alcanzar esta cumbre académica, habéis demostrado no solo habilidad y dedicación, sino también un compromiso con la excelencia que debe ir más allá del ámbito personal. Esta exigencia es un regalo y una responsabilidad; un regalo que debéis usar sabiamente y una responsabilidad para servir y liderar con propósito que trascienda las ambiciones personales.

La felicidad y la satisfacción de este logro son, sin duda, bien merecida. Sin embargo, vuestra educación y capacidades os imponen la carga de actuar como faros y guías en vuestros entornos profesionales y comunidades. En cada campo, desde la bioética hasta la administración empresarial, desde las ciencias sociales hasta la abogacía, tenéis la oportunidad de moldear el futuro.

Es vital que ninguno de vosotros se sienta demasiado pequeño para servir como agente de cambio. Cada pequeño esfuerzo cuenta, cada decisión tomada con integridad suma, y cada acto de liderazgo compasivo tiene el potencial de influir en el curso de nuestras sociedades.

Como hemos visto, las enseñanzas de san Ignacio de Loyola nos recuerdan que debemos equilibrar la acción con la contemplación, el éxito con la humildad y la ambición con la ética.

Mientras avanzáis desde aquí, os animo a llevar con vosotros no solo el conocimiento que habéis adquirido, sino también los valores que hemos comentado. Que cada uno de vosotros sea un ejemplo viviente de que la verdadera existencia no solo reside en alcanzar metas, sino en elevar a otros en el proceso.

Que vuestra vida profesional sea rica en logros y más rica aún en contribuciones al bien común.

Felicidades una vez más por vuestros logros académicos, y más importante aún, por los caminos que optaréis por recorrer para compartir esos logros. Que encontréis en cada desafío una oportunidad, en cada adversidad una lección, y en cada éxito, una plataforma para el servicio. Vuestro viaje hasta aquí ha sido notable, pero lo que haréis a partir de ahora definirá verdaderamente el valor de lo que habéis logrado.

Confiad en que cada paso que dais está guiado por un propósito mayor, y trabajad con la certeza de que el esfuerzo personal y la gracia divina se unen para formar el tejido de una vida plena. Avanzad con valentía hacia el futuro que estáis listos para construir.



DISCURSO DE GRADUACIONES 2023/2024

8 de junio de 2024 | Universidad Pontificia Comillas